

## Prólogo

Cuando a uno le piden, como en esta ocasión, que escriba sobre el propio trabajo, y dedica algún tiempo a repasar la lista de publicaciones que tantas veces ha incluido de manera rutinaria en su *curriculum*, se plantea de manera inevitable una reflexión sobre toda su vida profesional. Una vida que, para empezar, es pasmosamente larga y que ha dado lugar a más de 300 publicaciones, las primeras de las cuales superan el medio siglo de antigüedad. Esto lo escribí yo, se maravilla uno, hace treinta, cuarenta, cincuenta años. Qué cosas creíamos entonces, qué problemas tan superados hoy nos hacían entablar debates apasionados, ásperos a veces, con qué detalle había que explicar cuestiones que hoy damos por supuestas. Con lo que se pasa a pensar en la historia colectiva, en la evolución intelectual del país y de la generación a la que uno pertenece; lo cual tiene, sin duda, mucho mayor interés que una autobiografía o autoanálisis personal, tan frecuentemente un autorretrato lisonjero. Intentaré centrar, por tanto, estas páginas en ese nivel menos personal y analizar la evolución de los estudios y discusiones en torno a la historia y la teoría sobre los movimientos obreros, los movimientos sociales en general, las ideologías, la retórica política, las formas de liderazgo, los fenómenos populistas o los nacionalismos e identidades colectivas, que son en definitiva los temas globales alrededor de los que han girado mis publicaciones, paralelas a las investigaciones que he realizado y los cursos que he impartido.

Todo empezó con lo que entonces llamábamos historia del movimiento obrero. Fue nuestro sello generacional, abiertamente opuesto a la historia que nos habían enseñado, centrada en grandes personajes, avatares dinásticos, guerras y laureles imperiales. Los catedráticos nos sugerían dedicar nuestras tesis doctorales a pensadores de renombre –en el entorno en que yo me inserté, liberal-conservadores, a ser posible–, y nosotros, para su sorpresa y a veces escándalo, les contestábamos que nos interesaban, según la inclinación de cada uno, Pablo Iglesias, Julián Besteiro, Anselmo Lorenzo, Andreu Nin o Buenaventura Durruti. Hablo de la facultad de Ciencias Políticas de Madrid;

pero algo parecido ocurría en las facultades de Historia; aunque las sugerencias de los catedráticos variaban también, por supuesto, según sus tendencias.

Decíamos «movimiento obrero», en singular, porque dábamos por supuesto que el verdadero era sólo uno, aunque junto a él hubiesen nacido «desviaciones». El marxismo impregnaba todo el ambiente juvenil antifranquista, nacido en núcleos muy reducidos y clandestinos allá por 1956 y ampliado a grupos cada vez más numerosos y semipúblicos a lo largo de los sesenta. Dado, pues, que la lucha de clases era el motor de la historia y que en aquel momento esta lucha se desarrollaba entre burguesía y proletariado, este último, representante del modo de producción socialista, fatalmente destinado al triunfo, sólo podía tener una organización y un grupo de portavoces políticos; o, al menos, sólo uno «correcto».

Ahí empezaron los problemas. Porque a mí no me interesaba el movimiento obrero correcto, o sea, socialista y, más tarde, comunista, sino el anarquista. Lo cual se debió a mis inclinaciones y circunstancias particulares, a mi propia forma de rebelión familiar y social, anclada mucho más en problemas culturales, sexuales o religiosos que económicos o laborales. Y aquí es inevitable referir algún dato personal.

En 1965, con 22 años y las licenciaturas de Derecho y Ciencias Políticas terminadas, opté por marcharme a Inglaterra, a abrirme al mundo y aprender inglés, en lugar de encerrarme otros tres o cuatro años para preparar oposiciones a notarías o registros, que era el plan trazado por mi padre casi desde el momento mismo en que le dijeron que había tenido un hijo varón, que además resultó obtener buenas notas escolares. Pasé, pues, un año en Bristol, sufriendo la lengua y el clima, y allí, con el diccionario al alcance de la mano, leí *El laberinto español*, de Gerald Brenan. Me enteré entonces –no se lo había oído jamás a nadie, ni en la facultad de Derecho ni en la de Políticas– de que en la España de los siglos XIX y XX había existido un poderoso movimiento anarquista, localizado sobre todo en Andalucía y Cataluña. Aquello me fascinó y, como tenía una vaga idea de seguir estudios de doctorado a mi regreso, me propuse tomarlo como tema de investigación para mi tesis.

Mi plan inicial fue averiguarlo todo, y escribirlo todo, sobre los anarquistas españoles, desde su surgimiento hasta la Guerra Civil. No se me ocurrió reparar en lo excesivo del asunto o en mi carencia de formación como historiador. La carrera que se estudiaba en aquella facultad de Políticas tenía como eje central dos asignaturas, ambas historias de la filosofía política, una de ellas universal (europea, entiéndase) y la otra española, a cargo respectivamente de los catedráticos Luis Díez del Corral y José Antonio Maravall, qui-

zás los intelectuales más prestigiosos de la facultad y a cuyos seminarios de doctorado yo me había acercado. Ello quiere decir que se daba por supuesto que el modo preferente de conocer la historia humana consistía en estudiar las grandes mentes del pasado. No dudé en que esa sería mi manera de acercarme al anarquismo español: leer a sus pensadores, claves, creía yo, de todo lo demás.

Maravall encontró interesante mi proyecto, cuando se lo referí al regresar a España, y aceptó dirigir la tesis, sugiriéndome empezar con la lectura del *El proletariado militante*, de Anselmo Lorenzo, nombre para mí desconocido. Encontré en la Biblioteca Nacional el primero de sus dos volúmenes (el segundo sólo logré tenerlo en mis manos tres años después, en la New York Public Library). Todo lo que contaba el libro –la llegada del internacionalista Giuseppe Fanelli a España en plena revolución de 1868, sus prédicas y la organización de los primeros núcleos obreristas en Barcelona y Madrid, la rivalidad entre marxistas y bakuninistas, la represión que recayó sobre los internacionalistas al imponerse la Restauración canovista– me resultaba novedoso y sobre todo tomaba notas, a mano, porque por aquel entonces las fotocopiadoras no habían hecho su aparición en las bibliotecas ni universidades españolas. Como Lorenzo se refería mucho más a hechos que a ideas, se me plantearon los primeros problemas, ya que no me resultaba fácil situar aquellos hechos. Apenas había oído hablar de la revolución que derrocó a Isabel II y me sonaban poco más que vagamente nombres como los de Prim, Salmerón o Cánovas. Empecé, pues, por elaborarme una cronología y un esquema detallado de los avatares políticos de la época.

Los fondos que poseía la Biblioteca Nacional sobre los autores y temas a los que Lorenzo se refería eran escasos (todos ellos, por cierto, con el *ex libris* personal de Pi y Margall; algo revelador sobre la cercanía entre anarquismo y republicanismo federal). La Hemeroteca Municipal, en cambio, sí guardaba colecciones de muchos de los periódicos mencionados por Lorenzo, por lo que, más que en sus escasos libros o folletos, me concentré en la prensa. De esta, centrado como estaba sobre todo en los aspectos doctrinales, fui anotando toda referencia a la crítica social, cultural, económica o política (anticlericalismo, antimilitarismo, opresión de la mujer, críticas a la autoridad), o a la organización ideal en el futuro; siempre en fichas de media cuartilla, como las que había visto a Maravall, consignando el lugar de donde procedía la cita.

La tesis avanzó poco en sus dos primeros años. Ni siquiera estaba decidido a seguir una carrera académica en España. La agitación política contra la dictadura inundaba la universidad española desde mediados de los sesenta,

con nuestra facultad en la vanguardia, y la mayoría estábamos inmersos en ella. Entré durante unos meses en un grupo clandestino, a la izquierda del Partido Comunista, el Frente de Liberación Popular (F.L.P., o «Felipe»). Mis actividades políticas, las exigencias de mi puesto de profesor ayudante en aquellas dos cátedras y la necesidad de hacer algunos artículos, traducciones y correcciones de pruebas para complementar la beca que había conseguido, restaban mucho tiempo a la tesis. La beca, por cierto, se me concedió sobre «Conservadurismo y tradicionalismo en la España del siglo XVI», un tema que elegí de forma provocadora, porque la primera solicitud, sobre el auténtico objeto de mi interés, me fue denegada, pese a mi expediente académico. Durante cuatro años redacté, por tanto, informes sobre mis progresos en esta investigación ficticia y el bueno de Díez del Corral los firmaba sin poner objeciones (y ello pese a que la ideología del anarquismo, al revés que a Maravall, le parecía de poco interés; «hay que dialogar con mentes de primera», me decía, «para no degradarse»).

En la primavera de 1968 entré en contacto con Carlos Blanco Aguinaga, director entonces de la Universidad de California en Madrid, invitado por Maravall a hablarnos en una de sus clases —en la que ofreció una interpretación abiertamente marxista de la Generación del 98—. Entusiasmado por su audacia, me acerqué a él al terminar su charla y nos entusiasmos mutuamente sobre sus ideas, mi propia tesis y, más que nada, la explosión estudiantil que estaba teniendo lugar en París aquellas semanas. Fue un encuentro que marcó mi futuro inmediato, porque Blanco me dijo que en su universidad, la de California en San Diego, estaba Herbert Marcuse, y me sugirió la posibilidad de solicitar una beca para su programa de doctorado. Dicho y hecho. Solicitada y otorgada la beca en un suspiro —el mismo Blanco, supongo, tuvo algo que ver—, en septiembre de ese año estaba cruzando el Atlántico, en auténtica peregrinación hacia el sacrosanto refugio de quien por entonces muchos veíamos como gran gurú de la izquierda mundial.

Me incorporé, pues, en septiembre de 1968 al departamento de Filosofía de U.C.S.D., situado en idílica localidad de La Jolla, un promontorio sobre el Pacífico con palmerales y clima primaveral todo el año; Filosofía, y no Historia ni Ciencia Política, porque en ese departamento era donde, con buen criterio, se localizaba allí la historia del pensamiento político. Desde el punto de vista de la evolución de mi tesis, lo que tanto Marcuse como Blanco me hicieron ver pronto es que no podía pretender interpretar las ideas de los anarquistas españoles sin conocer bien las de sus inspiradores internacionales. A la vez, pues, que seguía cursos sobre Hobbes, Leibnitz, Spinoza o Sartre, leí las

obras de Proudhon, Bakunin y Kropotkin, aparte del propio Marcuse. Tuve la doble fortuna de que aquella universidad acabara de adquirir la colección de libros y folletos acopiada por Herbert Southworth sobre la Guerra Civil Española y de que se hubiera incorporado como profesor Gabriel Jackson, con quien también seguí cursos personales e investigué sobre las posiciones de los anarquistas y sus discrepancias con los comunistas durante aquella guerra. Posiciones con las que yo simpatizaba, por cierto, dado mi radicalismo del momento, algo que provocaba discusiones con mi protector y amigo Carlos Blanco, ortodoxo marxista y muy cercano al PCE.

No es este el lugar para entrar en detalles sobre mi experiencia en La Jolla ni las razones por las que, acabado mi primer año, decidí abandonar aquel programa sin completar mi doctorado. Para simplificar, atribuiré esto último sobre todo a la dificultad de soportar el aislamiento en que se vive y trabaja en el mundo estadounidense, comparado con la intensa vida grupal, en parte clandestina –más seductora aún–, que había vivido en mis últimos meses españoles. Enseguida comprendí, y lo sigo creyendo, que aquel abrupto regreso fue un error. Porque me encontré en España, en el otoño del 69, con que mi grupo político, el F.L.P., en el que tanta ilusión había invertido, se había disuelto, y la mayoría de sus miembros había acabado en grupúsculos trotskistas. No seguí ese camino, sino que entré en una fase de desorientación de la que sólo salí un par de años después decidido a terminar de una vez aquella tesis que empezaba a eternizarse. Desde este punto de vista, lo crucial en esta época fue el hallazgo de los grandes fondos anarquistas españoles, tanto de periódicos como de libros y folletos, guardados en el Instituto Internacional de Historia Social, de Ámsterdam. Entre 1969 y 1973 hice repetidas visitas a ese centro, con estancias de hasta un mes, y de él me traje microfilmadas colecciones enteras de prensa libertaria (las técnicas de reproducción iban avanzando; aunque ni soñábamos aún con el ordenador) y múltiples notas personales.

En el otoño de 1973 la tesis estaba por fin terminada. Había exigido unos siete años, con varias interrupciones y crisis que me habían llevado a reducir el tema de una historia global del anarquismo español a un análisis limitado a sus ideas y a las cuatro décadas anteriores a 1910, fecha de fundación de la CNT e inicio de la nueva fase anarcosindicalista. Del período 1870-1910 había visto varios centenares de colecciones de periódicos (muchas, desde luego, de sólo dos o tres números) y casi otros tantos de folletos y libros. Ampliarlo hasta 1939 hubiera elevado esta cifra a algunos millares, totalmente inabarcable para una sola persona, al menos con la minuciosidad con la que estaba tomando mis notas.

El resultado fueron unas mil páginas que exponían las ideas anarquistas de manera sistemática, ordenadas por temas, en cuatro partes: visión del mundo o presupuestos filosóficos subyacentes, críticas a la sociedad de la época, planes de organización futura y estrategias o vías tácticas por las que proyectaban realizar la transición revolucionaria.

La tesis fue recibida con éxito —era ya enero de 1974; su inicial fecha de lectura, el 21 de diciembre anterior, hubo de ser cancelada, porque coincidió con el atentado contra Carrero Blanco— y, tras un par de años más de reescritura, reduje su extensión, la hice algo más legible y se publicó como libro. El libro y mi ascenso a doctor supusieron una cierta estabilización profesional, dentro de la precariedad del profesorado no numerario, pues pasé a ser encargado de la asignatura Doctrinas y Movimientos Sociales. Como puede suponerse, en el primer momento hice girar el curso en torno al anarquismo español, pero ampliándolo inevitablemente a otros movimientos, especialmente obreros, y refiriéndome no sólo a sus ideas sino a su historia general. Las obras por las que me guié entonces fueron las de Eric Hobsbawm o Norman Cohn y los temas preferidos los «rebeldes primitivos» o movimientos «prepolíticos» (términos con los que Hobsbawm se refiere a aquellos cuyos objetivos no coinciden plenamente con sus «intereses objetivos»; es decir, que no representan la línea «correcta» del obrerismo revolucionario), comenzando por el redentorismo milenarista medieval. Enfocaba los movimientos sociales desde una óptica que, pese a seguir anclándolos en causas económico-sociales, tendía a orientarse cada vez más hacia lo político-cultural. Me fascinaban, y a los estudiantes también parecían atraerles mucho, las promesas de establecimiento de un paraíso sobre la tierra como mecanismos movilizados de las protestas sociales. Por lo cual, mis cursos sobre movimientos sociales empezaban, supongo que para sorpresa de los asistentes, con la lectura del sueño de Daniel y el Apocalipsis de San Juan e historias diversas relacionadas con la tradición apocalíptica y las herejías medievales entendidas como protestas sociales. Los cursos duraban un año, por entonces, lo cual permitía recorrer las utopías renacentistas, las principales rebeliones campesinas y los proyectos socialistas utópicos, para culminar en las Internacionales obreras y las pugnas entre marxistas y bakuninistas, socialdemócratas y comunistas. El curso hubiera podido titularse «historia del sueño igualitario».

A la vez que preparaba y explicaba aquella asignatura de licenciatura, a partir de 1976 organicé un seminario de doctorado, cuyo tema inicial, de nuevo, fue la historia del movimiento obrero, esta vez español. Quería, por un lado, anclar las ideas de los anarquistas en una historia de hechos (saber

dónde había arraigado el movimiento, a quiénes había atraído, cuáles habían sido las fases de su desarrollo o sus formas de protesta preferidas) y, por otro, complementar este movimiento con otros, como el socialismo, el comunismo, el obrerismo reformista y el católico. El seminario formaba parte del programa de doctorado, con lo que había entre media y una docena de alumnos matriculados que variaban de año en año, pero en él se iban quedando voluntariamente algunos procedentes del año anterior, además de un núcleo permanente de amigos y jóvenes profesores no numerarios que compartían mis temas y enfoques. Con lo que funcionábamos como un grupo relativamente estable, con incorporaciones y fugas anuales. Entre los nombres de quienes pasaron por aquel seminario entre mediados de los años setenta y finales de los ochenta quiero recordar a Samuel Manuel Berrocoso, Julián Casanova, Santiago Castillo, Demetrio Castro Alfin, Rosa Cifuentes, María Coronado, Rafael Cruz Martínez, Gregorio de la Fuente Monge, Álvaro Girón, Ricardo González Leandri, Mercedes Gutiérrez Sánchez, Stephen Jacobson, Raúl Martín Arranz, Gloria Martínez Dorado, Luis Ragel, Antonio Robles Egea, María Luisa Sánchez Mejía, Sagrario Torres Ballesteros, Mercedes Zamorano y, sobre todo, a Estrella López Keller, amiga querida que vivió aquella aventura con intensidad similar a la mía.

Si algo dominó durante los primeros años de aquel seminario fue la polémica con el marxismo ortodoxo, del que nos fuimos distanciando a pasos rápidos (hay relaciones con las que no cabe la separación gradual). No sólo nos cuestionábamos el concepto de movimiento obrero «correcto» y sus «desviaciones», sino los modelos de revolución «burguesa» y «proletaria», o la dependencia de los fenómenos políticos y culturales de una «base» o infraestructura económica. Nos parecía cada vez más evidente, ante los datos procedentes de la historia obrera, que entre los trabajadores movilizados políticamente habían suscitado más pasión aspectos como el anticlericalismo que un mero planteamiento racional de sus intereses económicos. Lo cual, como puede suponerse, y dada la época, daba lugar a polémicas; pues cada año aparecían por el seminario, o entre los alumnos del curso de licenciatura, algunas de las cabezas más inquietas y combativas de la izquierda de la facultad, militantes en el PCE muchas veces, que defendían de manera insistente un materialismo histórico ortodoxo, con lo que la pugna rebrotaba una y otra vez.

Fruto de aquellas reflexiones y aquellos debates fueron artículos como «Los dos anarquismos», «El anticlericalismo en el movimiento obrero español» o «A vueltas con la revolución burguesa», que se incluyen en este volumen. En el último, sobre todo, me planteé la dificultad de encontrar en la his-

toría una revolución política que coincidiera con —o, más propiamente, fuera la causa de— una transición de un «modo de producción» a otro. Más importante fue «Historia del movimiento obrero, una segunda ruptura», que escribí junto con Manuel Pérez Ledesma, con cuyos puntos de vista coincidí, y cuya claridad de ideas y valiente manera de defenderlas admiré, en unas reuniones que mantuvimos en Valencia con otros historiadores del movimiento obrero español. Manolo, a quien había conocido poco antes de aquellas reuniones, se convertiría en mi amigo y compañero del alma. El artículo, una especie de síntesis de nuestras propuestas rupturistas, se publicó en la *Revista de Occidente* en 1982, pero no ha sido incluido en este volumen porque, además de no ser yo su único autor, ha aparecido repetidamente en diversas antologías sobre la historia social en España.

Dejaré de lado otros detalles sobre el desarrollo de nuestras críticas hacia el marxismo ortodoxo, porque este era sólo uno de los aspectos de la evolución intelectual del grupo que se iba formando en mi entorno. Un aspecto negativo, digamos, pues se trataba de liberarnos de un esquema mental al que nos habíamos acogido durante años, no muy diferente a lo que nos había ocurrido antes con el escolasticismo medieval en que se basaba el nacional-catolicismo que se nos inculcó de niños. Tratándose de mi generación, se podría escribir nuestra autobiografía intelectual como una sucesión de liberaciones, de rupturas con visiones del mundo que en su momento fueron nuestra herramienta para interpretar la realidad pero que con el tiempo se convirtieron en corsés opresores para el conocimiento.

La otra vertiente, la paralela, era la constructiva: qué podía reemplazar aquel paradigma explicativo del que nos estábamos desencantando. La evolución, en este terreno, puede seguirse por los temas que fueron dominando aquel seminario de doctorado en los años 1976-1988, del que conservo muchos papeles: agitaciones agrarias, motines de consumos o antifiscales, anticlericalismo, terrorismo —barcelonés de los años 1890, especialmente—, élites revolucionarias, discurso movilizador, etc.

El objetivo inicial del seminario, muy empírico y de poco vuelo, fue reunir todos los datos posibles sobre «el movimiento obrero español». Para poder analizar aquel fenómeno con alguna seriedad, la lógica intuitiva parecía exigir saber ante todo cuántas y de qué tipo habían sido las protestas obreras, quiénes las habían protagonizado y cuándo, dónde y cómo se habían producido. Dividimos, pues, el período transcurrido entre mediados del siglo XIX y la Guerra Civil en quinquenios o decenios y nos distribuimos estos entre los miembros del seminario para recoger de manera sistemática las noticias de

la prensa general relacionadas con huelgas, motines antifiscales, disturbios campesinos o explosiones contra la carestía. La idea era obtener así un cuadro global de períodos y zonas de conflictos, lo que nos permitiría seleccionar los que nos parecieran más significativos para investigar más a fondo a continuación sobre ellos en los archivos. Influyó sobre nosotros especialmente en aquel momento la obra del historiador y politólogo norteamericano Charles Tilly, con quien me entrevisté personalmente en diversos viajes a Estados Unidos y a cuyo seminario envié a trabajar, mediante becas, a un par de los miembros de nuestro grupo.

Pronto descubrimos que cada uno de aquellos temas era un mundo, sobre el que había especialistas, que no poseíamos equipo ni medios adecuados para recoger tantos datos y que nuestro acercamiento, si queríamos cubrir un período tan amplio, no pasaría de ser superficial. Cada año, al terminar, dedicábamos la sesión de cierre del seminario a analizar lo aprendido y a discutir el rumbo para el curso siguiente. Frustrados siempre, decidíamos entre todos una reorientación, a veces muy radical.

Carecíamos también, seguramente, de voluntad suficiente como para llevar a cabo esa tarea de manera sistemática y a largo plazo. Nos asaltaban las dudas epistemológicas. ¿Eran adecuados los conceptos que usábamos para clasificar los hechos? Para empezar, comenzamos a sustituir la expresión «movimiento obrero» en singular por «movimientos obreros», ante la multitud de variantes del fenómeno, y más tarde por «movimientos sociales», para incluir protestas no obreras. Pero también en el viejo dilema entre revolución y reforma se interfirió la idea de «modernización» (económica, social, política), que alteraba radicalmente el planteamiento. Empezamos igualmente a reflexionar sobre si nuestros sujetos eran auténticos obreros industriales o estábamos lidiando más bien con artesanos; y si no deberíamos centrarnos en los campesinos, que en definitiva eran la mayoría de los trabajadores del país. O si la historia obrera debería limitarse a los concienciados políticamente o ampliarse a la de la masa de los trabajadores, poco o nada politizada. Los autores que nos guiaron, en esta fase, fueron historiadores sociales franceses, como Maurice Agulhon, Louis Chevalier o Mona Ozouf, y sociólogos como Shmuel Eisenstadt o Gino Germani. Nos internamos de esta manera por otro camino, más cercano a la historia intelectual que a la empírica, y por tanto mejor adaptado a nuestra preparación previa y nuestras posibilidades: el debate sobre los conceptos.

Debido también a la formación recibida, así como al hecho de que la asignatura de la que era encargado se titulaba Doctrinas y Movimientos Sociales,

los aspectos doctrinales tenían que tener amplia cabida en aquel seminario de doctorado. De modo que al iniciarse la década de los ochenta abandonamos, durante algunos cursos, los movimientos sociales para volver a la historia de las ideas políticas. Centradas ahora, eso sí, en el siglo XX, pues lo que pretendíamos era recorrer terrenos en los que nuestra licenciatura había quedado obviamente incompleta. La Historia de las Ideas Políticas que impartía Díez del Corral, y que se iniciaba con Platón y Aristóteles, terminaba, con suerte, a mediados del siglo XIX, con Tocqueville y Marx. Decidimos seguir, a partir de ahí, y nos dedicamos a explorar la crisis finisecular del racionalismo progresista, con amplias sesiones sobre Bergson, Nietzsche y Freud, y continuamos con la evolución del marxismo, a través de Lenin, Rosa Luxemburgo, la polémica Stalin-Trotsky, Gramsci, Sartre y Marcuse.

Cada uno de estos giros podía absorber dos o tres años, con lo que el seminario iniciado en 1976 cumplió su primera década de vida. En la segunda mitad de los ochenta dediqué, tanto en el seminario como en el curso de licenciatura sobre Movimientos Sociales, un tiempo al concepto de revolución y las diferentes teorías sobre la interpretación de este fenómeno: estructural-funcionalistas, psicología social, historia formal o natural de las revoluciones y sociología histórica comparada. Los autores que nos guiaron por entonces fueron, sobre todo, Samuel Huntington, Barrington Moore y Theda Skocpol (a cuyo seminario también asistí personalmente, en Harvard, durante todo el curso 1988-89).

Producto de aquellos debates fue el libro colectivo *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, del que fui coordinador y en el que participaron muchos de los integrantes del seminario en el momento. De él procede mi artículo «Magia y ética en la retórica política», recogido en el presente volumen, que se refiere a la persistencia de mitos redentoristas milenarios en el discurso político moderno. En cuanto al complejo fenómeno del populismo, no es difícil sintetizar la propuesta que en aquel libro –y en otros varios artículos que publiqué por entonces en torno al tema– ofrecí para definirlo: una movilización extra-institucional, basada en una retórica maniquea a partir del eje pueblo-antipueblo y en la existencia de un liderazgo o caudillaje de tipo mesiánico. El tiempo ha pasado y sobre este fenómeno, que reaparece una y otra vez con distintas vestimentas, se han escrito muchas páginas desde entonces. Como forma de iniciar el tema me parece, sin embargo, que estas tres ideas pueden tener aún alguna utilidad.

El interés del grupo, y el mío propio, por cuestiones cercanas al obrerismo pero a la vez marginales a sus demandas laborales básicas, como las protestas

anticlericales, no decaía, sino que, al contrario, aumentaba con el paso del tiempo. He incluido en esta antología mi artículo sobre «El anticlericalismo en el movimiento obrero», en el que intenté responder a la pregunta de por qué una protesta obrera, antibelicista y antimilitarista, como la Semana Trágica de Barcelona, había terminado en una quema generalizada de iglesias. La única respuesta que me pareció adecuada fue anclarlo en la cultura de la que se alimentaba la izquierda (obrera y republicana) del momento, lo cual confirma mi evolución, por entonces, desde la historia social a la cultural; pero también se ofrecía en el artículo alguna interpretación psicológica, o más bien psicoanalítica, sobre la rivalidad entre la figura del cura y el resto de los machos de la comunidad por el control del mundo femenino. Las sesiones dedicadas a Freud no habían sido casuales (como no lo era el hecho de que algunos de los asistentes estuviéramos, por entonces, siguiendo algún tipo de psicoanálisis). Estas influencias también se dejaron sentir en las sesiones que nuestro seminario dedicó por entonces al terrorismo, a partir de los atentados anarquistas de los años 1890 –pero vivíamos también en la España del momento los peores años de ETA–. En los análisis sobre este último tema abrimos también espacio para la literatura, con semanas o meses dedicados a la lectura de *Los condenados* de Dostoiewski y *Los puros* de Camus. Todo ello nos ayudaba a comprender nuestro propio pasado; y a distanciarnos de él.

Gran importancia tuvo también la reflexión sobre las élites políticas, cuyo papel en la movilización social se nos revelaba cada vez más evidente, pese a que los anarquistas, por supuesto, hubieran siempre negado que entre ellos existiera un núcleo o élite dirigente. En especial nos concentramos en el papel de los intelectuales como legitimadores de la promesa revolucionaria, con una inevitable comparación con la función clerical en la sociedad del Antiguo Régimen. E igualmente dedicamos atención a los militares, tan importantes en la historia española del XIX, y su idea de que las fuerzas armadas encarnaban al «pueblo» y actuaban en su nombre. Lo cual me hizo presentar y publicar algunas páginas sobre el pretorianismo en la historia española y la importancia de las apelaciones de tipo patriótico. A lo que se añadieron más tarde otros temas, conectados con el populismo, como la retórica revolucionaria o las identidades colectivas.

Un personaje alrededor del cual sobrevolvaban muchos de estos debates, y que iba adquiriendo, a mis ojos, un interés creciente, era Alejandro Lerroux, un dirigente republicano de finales del siglo XIX y primer tercio del XX al que, en nuestras indagaciones sobre la historia obrera, nos sorprendió encontrar presidiendo el año 1900 un congreso de reorganización de los libertarios.

La pregunta era: ¿por qué alguien tan carente de un programa político de reforma social, con escaso prestigio intelectual, una posición militantemente españolista y una bien fundada fama de corrupción, había sido tan atractivo para las masas obreras, especialmente anarquistas barcelonesas? No había una respuesta única ni sencilla. Me centré, pues, en él y le dediqué la segunda investigación ambiciosa de mi vida. Tras casi otra década de trabajo, escribí sobre él y sobre el tipo de movilización que dirigió mi segundo libro personal, *El Emperador del Paralelo*, publicado en 1990.

A partir de 1992, después de varias estancias breves en Gran Bretaña y Estados Unidos, insatisfecho con los debates a los que tenía acceso en España, me llegó una llamada del departamento de Historia de la universidad de Tufts, en Boston, invitándome a presentarme a una recién creada cátedra Príncipe de Asturias sobre Historia de España. Me presenté, la obtuve y crucé de nuevo el charco, como en 1968, aunque esta vez decidido a quedarme. Mis compañeros de la Complutense, más escépticos que yo sobre lo definitivo de aquella marcha, me gestionaron un largo permiso sin sueldo, que se alargó hasta cinco años gracias a que conectó con un año sabático que me correspondía en la universidad madrileña, y que logré extender durante otros cuatro años más bajo el régimen de un semestre en Madrid y otro en Boston.

Pasé por tanto la década de los noventa, casi entera, en el área de Boston y lo que se fue imponiendo en mi trabajo de aquellos años fue el tema del nacionalismo. Tras haber analizado el caso de Lerroux desde tantos puntos de vista, acabé encontrando en su españolismo una de las claves de su atractivo. Pero aquello superaba con mucho el tema del lerrouxismo. Porque también había sido la salida para muchos intelectuales izquierdistas, e incluso anarquizantes, tras la crisis finisecular del racionalismo progresista, y en especial para los españoles tras el trauma de 1898. Intenté explicar esa forma de integración de la intelectualidad rebelde en un artículo sobre decadencia, degeneración y afeminamiento en la crisis europea de fin de siglo, que no ha sido incluido en este volumen por razones de espacio. En Estados Unidos, además, pude leer lo que se estaba debatiendo desde los ochenta sobre naciones e identidades colectivas: obras hoy clásicas como las de Benedict Anderson, Ernest Gellner o Eric Hobsbawm, por mencionar sólo a los más conocidos de los miles de autores que, desde diversas ciencias sociales, han escrito sobre el tema. Me sentí fascinado por aquella revolución científica, como he intentado explicar en mi libro *Dioses útiles*, publicado en 2016. De mis primeras publicaciones sobre nacionalismo incluimos en este volumen «La invención de la Guerra de la Independencia»,

«El nacionalismo español como mito movilizador» y «La idea de España en el sistema autonómico».

Sintetizándola mucho, aquella revolución en la forma de entender el fenómeno de las naciones y los nacionalismos se puede reducir a una idea: que las naciones no son fenómenos naturales y eternos en la historia humana, sino construcciones político-culturales de fecha relativamente reciente. Antes de que existiera el Estado-nación, la humanidad ha vivido bajo una gran variedad de formas políticas, desde los imperios hasta la fragmentación feudal o las ciudades autogobernadas. Ni el Egipto faraónico ni la Roma imperial pueden llamarse naciones, si se usa este término con una mínima propiedad. Sólo con las revoluciones liberales se impuso la idea de la soberanía colectiva, atribuida a un ente llamado pueblo o nación. Los propios estados se dedicaron desde entonces, lógicamente, a la construcción y reforzamiento de ese ente ideal que legitimaba su existencia, como lo hicieron las élites locales o regionales que deseaban poseer un Estado propio. Contra lo que se nos enseñó, y lo que se creía en el mundo entero hasta mediados del siglo XX, y creen aún hoy los nacionalistas y buena parte de la opinión pública (que no dedica su tiempo a reflexionar sobre el tema, pero lo da por supuesto en su discurso rutinario), las naciones son construcciones político-culturales recientes. Más aún, son construcciones planeadas intencionadamente, porque cumplen una función política y sirven a intereses de élites políticas. Élites que se llaman, precisamente, nacionalistas, y que de ningún modo son posteriores a la existencia de las naciones sino previas a ellas y progenitoras de las mismas. Todo lo cual no quiere decir que cualquiera pueda construir o inventar una nación ni que estas sean totalmente artificiales, pues han de partir de bloques o elementos culturales preexistentes –raza, lengua, religión, historia– que las hagan creíbles.

Dentro de esta construcción cultural al servicio de los proyectos nacionalistas, se ha destacado clásicamente la importancia de la historia. No de la historia como conocimiento científico del pasado, sino como relato en el que se asientan las identidades colectivas, para lo cual se alimenta de mitos y leyendas y casi se confunde con estos. Sobre esta cuestión se incluye aquí el artículo «Orígenes mitológicos de España». Como libro, en colaboración con mi querido amigo y colega Gregorio de la Fuente Monge, he publicado en 2017 *El relato nacional*, un recorrido por el origen y evolución de la historia de España.

Este último tema, el nacionalismo, se ha convertido en una especie de vendaval que me ha arrastrado en los últimos años, y del que intento, sin éxito,

zafarme. Dados los problemas actuales, derivados del Estado de las Autonomías –diseñado, aunque de manera incompleta, en la vigente Constitución de 1978–, y en especial la agudización del independentismo catalán a partir de 2011-2012, no hay semana que transcurra sin alguna solicitud de conferencia o artículo; y aunque, como etapa intelectual, quisiera dejarla atrás, me siento también obligado por un cierto deber ciudadano de contribuir a aclarar ideas tan peligrosas para la convivencia y tantas veces debatidas con demasiado apasionamiento y superficialidad. Es, por otra parte, fascinante para un historiador y un interesado en los movimientos sociales ver la historia y la movilización desplegarse ante los propios ojos, como ocurre con la actual coyuntura catalana. Pero sólo me interesa el nacionalismo desde estos puntos de vista –movilización social, creación de identidades, aparición de proyectos de nuevos estados–, no desde la clásicamente llamada «historia de las ideas», ya que, en general, los ideólogos nacionalistas pueden ser potentes polemistas, panfletarios o creadores de mitos, pero difícilmente pueden considerarse pensadores de primera calidad. En el volumen que ahora prologo, el único artículo incluido relacionado con las actuales tensiones es «España plural, Cataluña plural».

El viejo seminario de doctorado de los setenta y ochenta desapareció al finalizar esta última década, coincidiendo con largas estancias mías fuera de España. Pero reapareció, revitalizado, al iniciarse los noventa, bajo una dirección conjunta con Santos Juliá, con sesiones mensuales en vez de semanales y celebrado en el Instituto Universitario Ortega y Gasset. Cambió también su formato, que por fin se estabilizó, funcionando siempre a partir de la discusión de trabajos escritos presentados por los componentes del mismo o por visitantes invitados (de ningún modo sólo madrileños, ni españoles) sobre sus propios temas de investigación. Lo cual quiere decir que renunciamos a la unidad temática y las cuestiones debatidas pasaron a ser muy variadas, con enfoques a veces sociológicos o politológicos, aunque siempre, en principio, relacionados con la España de los siglos XIX y XX. Pese a mi prolongada estancia bostoniana en los noventa –que aliviaba procurando regresar a España una o dos veces por cuatrimestre, en fechas que coincidían con sus sesiones–, el seminario siguió adelante gracias a la codirección con Santos y al apoyo de una serie de entusiastas. Entre estos quiero recordar, además de algunos de los procedentes de mi antiguo seminario de doctorado, a Paloma Aguilar, Luis Arranz, Zyra Box, Mercedes Cabrera, Rafael Cruz, Hugo García, Florencia Peyrou, Fernando del Rey o Javier Varela; el propio José Varela Ortega, director del Instituto, asistió con frecuencia a sus sesiones. Javier

Moreno Luzón y Miguel Martorell son sus actuales directores, tras habernos retirado Santos y yo, y con ellos colaboran José Luis Ledesma, Pilar Mera o Javier Muñoz Soro. Pero se ven complementados por una lista de asiduos y de colaboradores ocasionales cuya enumeración sería poco menos que interminable si quisiera cubrir el último cuarto de siglo; renuncio, pues, a hacerlo y pido disculpas a los omitidos. A todos les debo lo mucho que he aprendido de ellos, el placer que me han proporcionado mostrándome aspectos nuevos o enfoques diferentes a los que hasta entonces consideraba míos.

En cuanto a los temas, durante los primeros noventa dominó la reevaluación de la Restauración canovista y la crítica a la visión de la historia española en términos de frustración o fracaso. Influidos por François Furet o René Rémond, dimos entrada de nuevo a la política como factor crucial en la evolución de la sociedad y nos replanteamos la relación entre movilización social y reformas del Estado. De aquella década de los noventa procede mi artículo «Movimientos sociales en España: del modelo tradicional a la modernidad postfranquista», incluido en este volumen y publicado originariamente en un libro coordinado por Enrique Laraña, Hank Johnston y Joseph Gusfield. Fue mi última incursión por el terreno de los movimientos obreros y en él lo que domina es la preocupación, y la explicación, política: los movimientos obreros españoles anteriores a 1936 tuvieron como rasgo común su despego tanto respecto de las reformas sociales como de la posible democratización del sistema político; el Estado se creía irreformable y las prometidas mejoras laborales se suponía serían incumplidas, como lo habían sido sistemáticamente en el pasado. Tras la muerte de Franco, sin embargo, la transformación del régimen político, la ampliación de la participación popular en la toma de decisiones y la construcción de un sistema de protección social se vieron como posibles y el obrerismo organizado las convirtió en objetivos prioritarios.

Como era inevitable, se dejó notar durante algún tiempo en aquel seminario la presencia del tema de los nacionalismos y las identidades colectivas. Lo cual abrió el paso a la historia de género, tan injustamente —y significativamente— postergada en el pasado. Siguieron, por otro lado, constantemente presentes los problemas de metodología de la historia. Y volvimos, desde luego, a repasar una y otra vez desde distintas perspectivas las etapas históricas españolas más recientes: Segunda República, Guerra Civil, Franquismo y Transición.

Creo que si en algo he contribuido a la evolución de la cultura académica en este país ha sido, sobre todo, a través de este seminario. Pese a lo cual, obviamente, de ningún modo ha sido esta obra exclusiva ni principalmente mía

sino de todo el grupo de personas antes mencionado. Lo que hemos intentado en él por encima de todo ha sido aprender a debatir, con respeto pero también con sinceridad, algo que no era habitual en el mundo intelectual en el que nos formamos. Hemos huido allí del formalismo y, sobre todo, de principios como los de lealtad, fidelidad o escuela. No hay un dogma o conjunto de creencias o visiones dominantes. Se exponen trabajos de muy variadas orientaciones, y todos ellos son escuchados con atención e interés. Pero se examinan con lupa crítica y se les oponen con la máxima claridad las objeciones que a cada cual se le ocurren. Se piensa en común y se aprende. Asistir a sus sesiones es, para mí, el mejor momento del mes.

Agradezco infinitamente a la Universidad Complutense el cobijo que, a lo largo de los años, ha prestado a mis actividades y la generosa acogida que ahora ofrece a esta reedición de textos que quienes dirigen esta colección han pensado que podían ser de mayor utilidad y dificultad de localización actual. Mi mayor deseo sería que tuvieran de verdad algún interés para los lectores actuales.